

donde, junto a su habitual mimetismo (en esta ocasión se trataba de Gorki y Prato-lini) existía al menos un dominio expresivo, una falta de grandilocuencia que, lamentablemente, no son líneas de fuerza de sus films. Existe también un hecho indiscutible y que explica bastante cuanto antecede, por más que



nos situemos en una economía no de mercado: estamos hablando de uno de los cineastas más taquilleros de Hungría, que ha conseguido éxitos comerciales de gran resonancia interior, como —muy especialmente— el de «Tres noches de un amor» (1967), su antepenúltima película. Éxitos gracias a los que, según sus defensores, pueden hacer el cine que les gusta a hombres como Kósa, Jancsó, Szabó, Kovács, Sándor... Habrá que pensar que San Esteban sentó cátedra en Hungría.

«Viaje alrededor de mi cráneo» («Utazás a koponyám körül», 1970, última obra de Révész, se estrena ahora en Madrid, tras haber pasado por el Festival de San Sebastián (TRIUNFO, número 425, crónica de Diego Galán) y recibir su protagonista, Zoltán Latinovits —actor habitual de Jancsó—, el premio al mejor intérprete. Lo primero que es preciso constatar ante la salida comercial de esta película es algo que ya exponíamos cuando la Segunda Cadena de Televisión Española ofreció su segundo ciclo de cine húngaro (TRIUNFO, número 421): la engañosa perspectiva que puede proporcionar la visión de un film que no corresponde a lo más in-

terésante de una producción que se desconoce globalmente. No es que atacemos la programación de «Viaje alrededor...», pero sí lamentamos que no venga precedida y conjuntada por las obras de otros cineastas magiars —los citados un poco más arriba, por ejemplo— de muy superior importancia a Révész. Con nuestro hábito de encasillar, de simplificar, ya habrá más de uno que sabe cómo es el cine húngaro, porque acaba de ir al Gaiarre e incluso recuerda «¡Hola, Vera!», de János Herskó (hoy exiliado en Suecia), o, si hace unos años anduvo por cine-clubs, «Si» («Igen», 1964), también de Révész. Menos mal si su memoria llega hasta los films de Szabó proyectados entre nosotros, «La edad de las ilusiones» —también en cine-clubs— y «Padre».

Aunque también hay que reseñar, honestamente, que 1970 se ha significado dentro del cine húngaro como un año de baja no exactamente en el sentido de que sus autores hayan logrado películas mejores o peores, sino en cuanto que las relaciones entre el Poder y los sectores culturales se han convertido día a día en más tensas, al sobrepasarse un límite de control burocrático (ejercicio a diversos niveles, presupuestario, expresivo, difusor) cuya relativa suavidad había posibilitado años atrás (66-67) la explosión del cine magiar. El que en el Festival de Pécs de 1970, manifestación que anualmente recoge la producción de mayor interés y que en esta edición fue dedicada a conmemorar los veinticinco años de la liberación nacional, no hayan estado presentes con sus films hombres como Gaál, Jancsó, Kovács o Kósa me parece realmente preocupante.

Volviendo a «Viaje alrededor de mi cráneo», y sin que conozcamos su punto de partida literario —el relato autobiográfico de Frygius Karinty—, lo que sí resulta evidente es que Révész se ha atendido más a unos modelos preestablecidos sobre una temática concreta que a investigar mínimamente los repliegues incluso superficiales de esa misma temática. Quiero decir, que su película parte

de «Ocho y medio» y la perspectiva felliniana en mucha mayor medida que de una visión personal de un mundo poblado de fantasmas, recuerdos y obsesiones, a los que un tumor cerebral va a poner en máxima evidencia. Es el mundo de un escritor que ha sufrido la guerra, la represión, que se pregunta por lo que ha hecho en su vida y, ante todo, por las causas que le han impedido llevar a cabo otras cosas. Demasiado para un hombre trivial como Révész. ■ FERNANDO LARA.

Las aventuras de «El cronicón»

Estoy de acuerdo con los críticos que han señalado la imposibilidad de juzgar «El cronicón», de Antonio Giménez-Rico, dado que esta película, a partir de su preparación, ha recibido tal cantidad de mutilaciones de censura que podría recogerse un anecdótico capaz de llenar varios libros que servirían de jugoso apéndice a los miles de folios que se han escrito sobre la famosa crisis del cine español. «El cronicón», que en un principio debió llamarse «Un puntito de impotencia», no es ahora la película que en su día pensaron sus autores. Las prohibiciones y mutilaciones de antes y después del rodaje han convertido la película de Giménez-Rico en algo bien distinto a lo que se pensaba. De ahí, insisto, la total falta de lógica que significaría juzgar la labor de su realizador dentro de su propia estética o de su mundo de intenciones.

Sin embargo, y dado que, a pesar de todo, «El cronicón», como anteriormente «El hueso», se exhibe en las salas españolas, sí es posible opinar sobre el resultado que se proyecta, sobre la película, en fin, que vemos los espectadores. Sobre las intenciones personales de Giménez-Rico y sus dificultades de trabajo hablaremos más adelante en alguna entrevista con él; sus planteamientos estéticos o, al menos, lo que de ellos vemos («La experiencia de un hueso provinciano», TRIUNFO, número 426) tienen un ineludible interés en nues-

tro panorama cinematográfico.

Yo creo que «El cronicón» es una película en la que se dan dos obras distintas, de planteamientos diferentes, y cuya interrelación determina ese resultado final, que es lo que se proyecta en los cines y que anula cualquiera de las dos obras iniciales. Por un lado, se trata de enfocar una concreta parcela de la Historia de España —es decir, de la Historia— con total heterodoxia, eliminando el respetuoso e ignorante cuidado con que generalmente se la enfoca. «El cronicón» quiere reírse de todo lo que nos han contado como digno de alabanza; es decir, propone una nueva visión de la realidad, más desenfadada, divertida y libre contrapuesta a la agria mirada oficial. Que los censores no tengan sentido del humor hace que esta película tenga una función subversiva. O lo que es lo mismo, dentro de las muy particulares circunstancias en que se desenvuelve nuestro cine y nuestra cultura, «El cronicón», en esto del enfoque general de la obra, tiene importancia.

La otra «obra» que considero encierra «El cronicón» es la concreta puesta en escena (el desarrollo) de ese primer planteamiento. La revisión de la Historia, la destrucción de mitos, puede hacerse de múltiples maneras, y en esta película el sistema utilizado es el del chiste, la gracia de guiño, el divertimento personal. Con ello, las referencias «graciosas» de la película se hacen de acuerdo a planteamientos actuales, a hoy y aquí, con lo que el punto de partida se transforma en medio de risa, proyectado exclusivamente en las posibles carcajadas de alguna situación o de alguna frase.

Si este enunciado hasta aquí es acertado, resultaría que el conjunto de «El cronicón» no sobrepasa la media crítica de cualquier película «comercial» española. El conjunto es un híbrido. La realización por el chiste inmediato anula el rigor. Y el chiste inmediato aparece perdido en la confusión de la época. No es posible diferenciar, separar claramente, el límite entre la crónica histórica y el divertimento actual en forma de guiños. ■ D. G.

TRIUNFO RECOMIENDA

CINE

Madrid

LA CONJURA DE LOS BOYAR. D. O. S. Eisenstein (California). ARROZ AMARGO. De Santis (Falla). TRISTANA. Buñuel (Infancia). EL JARDÍN DE LAS DELICIAS. Saura (Pomeyva). A LAS NUEVE DE CADA NOCHE. Clayton (Sei). A SANGRE FRÍA. Brooks (América). BRIGADA 21. Wyler (Aravaca, Pozuelo). BULLITT. Yates (Montija). EL DETECTIVE. Douglas (Azul). DOCE DEL PATISBUO. Aldrich (Moratalez). 2001: UNA ODISEA DEL ESPACIO. Kubrick (Universidad). EL ESTRANGULADOR DE BOSTON. Fleischer (Boecerra, Granada). JUGUETES ROTOS. Summers (Bellaa Artes). LA MATANZA DEL DÍA DE SAN VALENTIN. Corman (Colón). LA MUJER INDOMABLE. Zeffirelli (Pilar). LA MUJER INFIEL. Chabrol (Bellas Artes). LA NOVIA VESTIDA DE NEGRO. Truffaut (Florida). LA OTRA CARA DEL GANGSTER. Lewis (Sanz). LOS PROFESIONALES. Brooks (López de Hoyos). RACHEL, RACHEL. Newman (Extremadura, Vía a Atocha). SIETE MUJERES. Ford (Cuevedo). LOS SIETE VALIENTES. Kurosowa (Roma). TARZAN DE LOS MONOS. Van Dyke (Pozuelo). UN VERANO CON MONIKA. Bergman (Roma).

Barcelona

REPULSION. Polanski (Alexis). EL CUCHILLO EN EL AGUA. Polanski (Alexis). LA CINA E VICINA. Bellocchio (Balmes, Maryland). TO BE OR NO TO BE. Lubitch (Publi). EL BAILE DE LOS VAMPIROS. Polanski (Regina). BULLITT. Yates (Carmelo, Unión 3). CASO CLINICO EN LA CLINICA. Teshlin (Levante). EL CEREBRO DE FRANKENSTEIN. Fisher (Atlántida, Regina). EL COMPROMISO. Kazan (Versalles, Virrey). LA GRAN SORPRESA. Juran (Miami). EL MAS VALIENTE ENTRE MIL. Gries (Central, Excelzor). LA OTRA CARA DEL GANGSTER. Lewis (Mahón). EL PLANETA DE LOS SIMIOS. Schaffner (Arnaiz). SIETE MUJERES. Ford (Jaime I).

LIBROS

EL OSCENO PALAJRO DE LA NOCHE. José Donoso (Seix Barral). ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS. Lewis Carroll (Alianza Editorial). MOUNTOLIVE. Lawrence Durrell (Edhasa). EL PADRINO. Mario Puzo (Grijalbo). SENDA DE OKU. Octavio Paz (Barral Editores). VERSION CELESTE. Juan Larrea (Barral Editores). PROCAS ENCONTRADAS. Rafael Alberti (Ayuso). EL ABRIGO. N. Gogol (ZXX). EL LENGUAJE ARTISTICO. Valeriano Bozal (Península). CRITICA BAJO CONTROL. Cesare Segre (Planeta). LITERATURA ESPAÑOLA. José Montano (Revista de Occidente). MEMORIAS DE ESPERANZA. Charles de Gaulle (Taurus). VIDA Y OBRA DE SIGMUND FREUD (tres tomos). Ernest Jones (Anagrama). LA AUTOPISTA. Jaime Perich (Estete).